

músculos

(Por Antonio Dal Masetto)

Estoy sentado frente al mar, con un ojo en la página de un libro de poemas y el otro ojo en las doradas mujeres que entran y salen y vuelven a entrar en mi radio de visión. Es un momento agradable y ya no sé si el placer viene del libro, de los cuerpos que desfilan o de una combinación de ambos. Una voz me distrae. "Hoy me toca trabajar sobre los pectorales", dice. Es un hombre joven, dinámico y del color del sol. Está haciendo ejercicios. No hay nadie cerca y por lo tanto no hay dudas de que se dirigió a mí. "Qué bien", le digo. "El lunes me dediqué a los bíceps". "Muy bien", le digo. "El martes a los tríceps." "Lo felicito."

Entonces el hombre joven del color del sol abre la boca y parece que fuera a pronunciar alguna palabra que empieza con *o*. Pero se queda así, sin emitir ningún sonido. ¿Qué estará queriendo decir? ¿Estará tratando de contarme algo sobre los ornitorrincos?

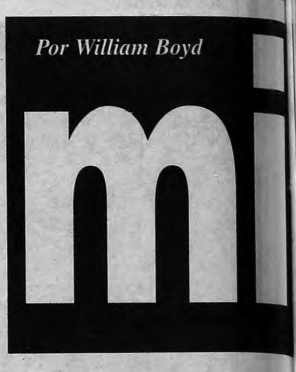
Reanuda los ejercicios y sigue informando: "El miércoles lo dediqué a los músculos faciales". "Admirable", digo.

Unos minutos después de nuevo se queda con la boca abierta como si fuera a decir algo con *o*. ¿No estará tratando de hablarme de la osteoporosis? ¿O tal vez de la oosporosis? ¿O de la onicomicosis? Me está poniendo un poco nervioso porque ahora hace un rato largo que tiene la boca abierta como para la *o*. Me gustaría ayudarlo.

"El jueves –dice por fin–, se lo dediqué a las pantorrillas." "Notable." "El viernes a los músculos dorsales." "Lo felicito doblemente."

Y la otra se clava con la boca en forma de *o*. ¿Será oropéndola la palabra? ¿Oligodendroglia? ¿Oxigenoterapia? ¿Osteomielitis? ¿Ovoviparismo? ¿Osculatriz? ¿Orangután? A esta altura me tiene intrigado.

"Los sábados se los dedico enteros a los músculos deltoides." "Lo felicito triplemente", digo.



Me gustaría dejar clara una cosa antes de contar mi historia. No quiero que crean que porque no me he casado hay alguna clase de... de problema entre el sexo femenino y yo. Lo cierto es que podría haberme casado con varias chicas si hubiera querido, pero no quise, eso es todo. Fue a causa de mi salud, ¿comprenden? No tengo una constitución fuerte y en gran medida por esa razón decidí, una vez que murió mi querida madre, quedarme soltero.

Mi madre me dejó una pequeña herencia junto con la casa. Vivo tranquila y frugalmente en ella. Tengo varios proyectos a los cuales me dedico actualmente y que ocupan buena parte de mi tiempo. También soy un gran lector, y uno de los lujos de no tener que trabajar para vivir es que puedo entregarme plenamente a mi pasión por la lectura. Ultimamente, sin embargo, me he cansado un poco de los libros y durante el último año o cosa así no he leído más que revistas. Estoy suscrito a treinta y ocho revistas y compro muchas otras de un modo casual y esporádico. Leo toda clase de revistas excepto las políticas; me gustan las ilustraciones alegres y brillantes y he llegado progresivamente a compartir la opinión de que las revistas son, en realidad, más imaginativas que muchas novelas. El mundo de las revistas de papel satinado tiene más atractivo para mí que las sucias tragedias realistas que pasan por literatura hoy en día.

Todos los inviernos dejo mi casa, la cierro y corto el agua y la electricidad. Paso los meses de invierno en un pequeño pueblo de la costa que está unas millas más allá de San Luis Obispo, en el norte de California. Hago que me envíen todas mis revistas allí. Es una vida tranquila, pero barata y necesaria para mi salud. A lo largo de los años he llegado a conocer a la mayoría de los habitantes, pero no son gente muy sociable y encuentro que muy pocos tienen algo que decir.

Este último invierno había sido malo para mí. Mi presupuesto, debido al fracaso de unos de mis proyectos, era más bajo que nunca y mi estilo de vida se vio consecuentemente reducido. Había estado crónicamente deprimido durante la mayor parte de enero y febrero y de no haber sido por la llegada regular de mis revistas con su gente feliz y sonriente en esemundo de colores primarios, estoy seguro de que habría hecho algo drástico. Sin embargo, al acercarse la primavera mi espíritu se reanimó y empecé a sentirme un poco mejor.

Luego llegó ella –una primavera moderna– y el soñoliento pueblo pareció responder a su excitante presencia. Empecé a pensar en ella posesivamente como "mi chica". Era decididamente mi tipo de chica. Mi chica con vaqueros ajustados, la llamaba yo. Era únicamente una fantasía mía, nunca reuní el valor necesario para presentarme. La veía todos los días desde mi habitación y pronto empecé a sentir que de alguna manera había llegado a conocerla, que había penetrado en lo que creo que es una personalidad rara y notable.

Es guapa, además. El pelo rubio limpio y despeinado, una impecable camiseta bla[...] corta que deja ver un espacio de vientre [...] lor caramelo adornado por el hoyuelo del [...] bligo entre el borde de la misma y los vaq[...] ros ajustados azul oscuro. Esos vaqueros [...] trechos de largas piernas.

Me hace sentirme bien pensar en ella co[...] mi chica. Por alguna razón siempre lleva[...] mismo conjunto, pero siempre está fresco y[...] cién lavado. Es la persona más auténticam[...] te relajada que he conocido: sus ojos irradi[...] una asombrosa serenidad. También me he [...] jado en que nunca lleva sujetador y el fino [...] jido de su camiseta se adapta a sus pechos.

Mi habitación es pequeña pero la mante[...] go ordenada. Hay una cocinita eléctrica y u[...] pila en el rincón pero no cocino mucho p[...] que detesto el olor que deja. Mi habitaci[...] está en el último piso de un viejo edificio fre[...] te al mar. Tiene dos ventanas y desde una [...] ellas tengo una buena vista al océano y la co[...] ta. En este pueblo sólo hay dos cafés abier[...] durante el invierno y divido mis comidas m[...] o menos equitativamente entre los dos; no [...] seo parecer difícil ni ofender a nadie. En [...] alidad prefiero el Del Mar, pero no qui[...] enemistarme con el viejo Luke, que dirig[...] Luke'n'Loretta's. Está casi ciego, pero h[...] blamos mucho y me agrada el viejo. No qu[...] ro decírselo, pero, a medida que su vista [...] ido empeorando, lo mismo le ha ocurrido [...] su local. Hoy en día deja casi todo en man[...] de su hermana Loretta. Ella es una puta g[...] da y teñida de rojo que vive en una carava[...] en la parte de atrás del café. Por cinco dó[...] res te hace allí una paja. Creánme, no vale [...] pena. Por alguna razón, sin embargo, me t[...] ne simpatía; me ha invitado un par de vec[...] a tomar una copa después de cerrar. Pero des[...] de que llegó la chica de los vaqueros ajust[...] dos yo me he mantenido alejado. Ayer Lore[...] ta me negó el saludo en la calle, así que h[...] pensado que será mejor que vuelva, sólo pa[...] ra mantener la paz.

El primer estímulo de la primavera esta[...] en el aire esta mañana cuando me dirigí a Lu[...] ke's para desayunar. Un sol acuoso caldea[...] la brisa marina, el día era suave, con un ci[...] lo azul claro. Sin embargo, cualquier alegr[...] que sintiera se disipó al llegar al Luke's. N[...] había ni rastro del viejo y el lugar parecía [...] auténtico retrete. Me senté en mi mesa de co[...] tumbre y esperé a que Loretta viniese a lim[...] piarla. Estaba cubierta de café derramado, [...] cenicero lleno de colillas y alguien había ap[...] gado un puro en un plato a medio comer d[...] tortitas con jarabe. Loretta llevaba una blus[...] hawaiana suelta y pantalones elásticos en ho[...] nor del tiempo clemente. Se sentó a charlar y [...] me ofreció uno de los cigarrillos mentolad[...] que fuma sin cesar, así que supuse que ya m[...] había perdonado. Entonces se inclinó just[...] delante de mí mientras limpiaba la mesa, d[...] modo que pude ver bien sus pesados pechos. Pedí un té caliente, sin leche, con una rodaja[...]

chica con VAQUEROS AJUSTADOS

Menos conocido entre nosotros que Martin Amis o Ian McEwan, William Boyd (Ghana, 1952) es figura clave de lo que dio en llamarse –a principios de los 80– la nueva literatura británica. Autor de novelas caudalosas como *Las nuevas confesiones, Playa de Brazzaville* o *The Blue Afternoon*; Boyd también ha firmado cuentos breves y ejemplares que han sido reunidos bajo el título de *En resumidas cuentas* (Alfaguara). El episodio veraniego que aquí se presenta retoma uno de los temas más frecuentados por Boyd: la obsesión por una mujer a la que nunca se alcanza del todo.

de limón.

Puede que hiciese más calor afuera, pero Loretta no estaba dispuesta a correr ningún riesgo. Todas las ventanas estaban cerradas a cal y canto y una película de vaho y grasa oscurecía cualquier vista de la playa.

Oí que un coche se detenía. Limpié el cristal y miré hacia la calle. Era un descapotable muy baqueteado en el que iban tren tipos. Se bajaron y se estiraron, frotándose las nalgas y mirando a su alrededor. Eran jóvenes;dos blancos y un hispano. Había uno delgado con un bigote de macarra y otro de labios gruesos y pelo negro con los brazos extrañamente blancos tatuados. Llevaban ropa vieja y achulada.

Este es un pueblo tranquilo y confié en que estuvieran solamente de paso. Pero justo entonces salió el sol de detrás de unas nubes y por el rabillo del ojo vi su resplandor sobre la camiseta blanca de la chica. Era la primera vez que la veía ese día y limpié más el cristal para verla mejor. Pero ellos también la habían visto y se miraron y se rieron de esa forma furtiva, mostrando los dientes, en que lo hacen los hombres cuando están en grupo. Uno de ellos dobló el brazo e hizo algo con los dedos mientras que el de los labios gruesos se llevaba las manos a la bragueta y gemía. Todos se rieron de nuevo.

Sentí que mi cara enrojecía y el corazón me latía en las sienes. Cuando puse la taza sobre el plato hubo un repiqueteo de porcelana. Me asquean estos tipos de mierda. Degenerados de ciudad, recorriendo la costa en un coche fardón en busca de emociones baratas.

Pasé el resto del día en mi cuarto leyendo mis revistas. Más tarde traté de dormir pero tenía un fuerte dolor de cabeza. Por la tarde me di una ducha larga. Eso hizo que me sintiera un poco mejor.

Al atardecer fui a un pequeño supermercado donde a veces compro provisiones cuando no tengo ganas de salir a comer. Iba a coger una lata de sopa de almejas cuando vi a la chica a través del escaparate. Me sorprendió un poco. Generalmente nunca consigo verla a esas horas, y siempre me había preguntado dónde iba. Pero esta noche era evidente; sus ojos miraban al mar, sus pasos largos la llevaban decididamente a la playa.

La sopa de almejas sabía a tierra. No podía quitarme el sabor de la boca, así que bebí un vaso o dos de whisky de centeno. Abrí la ventana que me proporciona una vista al mar y me senté en el alféizar mirando hacia las aguas oscurecidas. En la playa, bastante más lejos, vi el resplandor de una hoguera y supe enseguida que era allí donde estaba la chica, sola. Tal vez se había cocinado algo y ahora estaba disfrutando de la paz y la absoluta soledad. Luego me la imaginé quitándose la ropa, su cuerpo bronceado con las marcas blancas del biquini, tal vez, más pálidas en la penumbra, la brisa tensando sus pezones color nuez, el frescor del agua cuando las olas rompían contra sus muslos dorados...

Pero luego me distrajo el ruido de unas risas roncas en la calle. Los tres jóvenes, medio borrachos, salían de la tienda de bebidas llevando paquetes de seis cervezas y una botella de vino. Con una extraña sensación de creciente premonición los vi reír y bromear durante un rato en la calle. Luego uno de ellos dijo:

–Eh, mirad. Una hoguera.

Y, con silbidos y gritos, echaron a correr por el paseo de tablas, heroicos gracias a la cerveza, saltando alegremente a la arena y caminando por la playa en dirección a mi chica.

Durante un instante oí mi corazón retumbar dentro del cráneo y mis globos oculares parecían hincharse al ritmo de sus latidos. Con el índice me enjugué unas gotas de sudor del labio superior. *¡Hijos de puta! ¡Escoria, basura, cerdos!* Vi unos dedos regordetes y manchados tocando el pelo color maíz, unos brazos espectrales tatuados rodeando su cuerpo esbelto y tostado, una lengua indagatoria entre unos labios gruesos, jóvenes barbas sobre la piel suave. Ella vendría chorreando de la rompiente, saliendo silenciosamente del mar verde, su cuerpo indistinto y misterioso, y se encontraría con un horror lascivo y ebrio esperándola en torno a su hoguera.

Sentí el fuerte sabor del vómito en la garganta, porque estaba casi enfermo a causa del miedo y la ansiedad desesperados mientras hurgaba enmi escritorio en busca de la pistola, una vieja pistola policial. Estaba enfermo por las locas visiones de la fabulosa lujuria de unos gamberros de pesadilla, por las terribles imágenes de sueños sexuales desviados, repulsivamente puestos en práctica allí en la playa solitaria.

Me acerqué a ellos por detrás cruzando las dunas, mis pies silenciosos sobre la arena. Los tres estaban sentados alrededor del fuego, borrachos. Uno de ellos cantaba por lo bajo para sí. Las latas de cerveza desechadas estaban tiradas como casquillos de bala alrededor del emplazamiento de una ametralladora. No había ni rastro de la chica.

Oyeron el ruido de mis pasos cuando crucé la franja de cantos rodados que había más arriba de la señal de la marea alta.

–Eh, tío –dijo el de los labios gruesos–. ¿Qué haces por aquí? Tómate un trago. Luis, dale...

Entonces vio la pistola. Su mandíbula se aflojó mientras su cerebro aturdido por la cerveza trataba de asimilar lo que ocurría.

–Venga, hombre ¿qué pasa?

Había una sonrisa de incredulidad en su cara. Los otros dos empezaron a retroceder lentamente apartándose de mí.

–¿Dónde está ella? –dije, la voz temblorosa por la ira y el asco. Levanté los ojos buscando las huellas de una tumba poco profunda, esperando a medias ver su cuerpo violado arrojado a la playa por las olas.

–¿Qué habéis hecho con ella, cerdos? ¿Dónde está? ¿Dónde la habéis puesto?

El se levantó vacilante, una sonrisa incierta en la cara. Miró a sus amigos en busca de apoyo.

–¿Quién, tío? –preguntó, encogiéndose de hombros– Por Dios santo ¿quién?

–*¡Mi chica!* –le grité enfurecido por sus débiles intentos de afirmar su inocencia–. Mi dulce chica, hijo de puta.

–No hemos visto a ninguna maldita chica, tío –me gritó él, arcos de saliva saliendo de sus labios.

Las olas parecían estrellarse dentro de mi cabeza mientras apuntaba a su entrepierna enfundada en unos vaqueros y apretaba el gatillo. Fallé, pero la bala le arrancó un pedazo de muslo, que soltó unas salpicaduras de color rojo vivo a la luz del fuego. Chilló de dolor y cayó al suelo.

Cuando el sonido de las olas y el eco del disparo habían disminuido oí el ruido de los cantos producido por sus amigos que huían a la carrera.

El de los labios gruesos se estaba arrastrando penosamente por la arena hacia el mar. Una pernera de sus vaqueros estaba empapada y dejaba un rastro como una babosa. El soltaba pequeños gemidos.

–Te daré una última oportunidad –le grité. Dime dónde está.

El no contestó.

Me guardé la pistola y cogí un pedazo de madera aproximadamente del tamaño de un bate de béisbol. Lo sopesé en la mano, balanceándolo suavemente en el aire para agarrarlo bien. Luego bajé por la playa hacia donde estaba el de los labios gruesos y con cinco o seis golpes firmes le aplasté la cabeza contra la arena mojada en el borde de la rompiente. La espuma se puso rosa como un batido de fresa.

Una vez hecho esto, lo empujé adentro. La marea estaba menguando y pasaría un par de días antes de que el mar lo arrojara de nuevo a la playa.

Luego me quedé de pie en la playa y grité hacia las olas por si acaso ella estuviera allí.

–No hay peligro –grité–. Puedes salir. Ya se han ido.

Pero ella nunca apareció.

Cuando me desperté a la mañana siguiente supe instintivamente que ella se había ido para siempre y por un momento sentí la tristeza de su desaparición intensamente.

Me acerqué a la ventana, la abrí y respiré hondo unas cuantas veces. Al otro lado de la calle un hombre estaba trabajando en una vallaanunciadora. Distraído, empecé a admirar la forma en que manejaba los enormes y engorrosos pliegues de papel, su destreza al extender las hojas con tanta exactitud y tan poco esfuerzo, la precisión con la que manipulaba el largo cepillo empapado. A medida que el nuevo anuncio tomaba forma, me di cuenta de que estaba olvidando a la chica, con su camiseta imposiblemente blanca y sus vaqueros absurdamente ajustados.

Me quedé de pie junto a la ventana un rato, simplemente mirando.

Sí, pensé. Sí. Decididamente es mi tipo de bebida. Suave, con el verdadero color tostado y luminoso...

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Alfaguara.

LA LUCHA CONTINUA

Por Juan Sasturain

Resumen: *El narrador es Pirovano, un ex arquero que oculta bajo el guante de guardavalla que lleva siempre en su mano izquierda un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio sale a un Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de Magia. Ahora escucha el testimonio de Sayago sobre la prehistoria de los Gigantes en la Lona y el Mr. Bolivia Gym.*

29 SAYAGO DIXIT

Sayago dijo lo suyo con la soberbia autoridad que da la indiferencia. O la aparente indiferencia.

Sobre el mantelito de la mesa de El Molino, en un contexto cuanto menos atípico para un personaje como él, y alentado por Etchenique –que parecía su manager estimulándolo desde el rincón–, el ex peso pesado fue desparramando información a lo largo de dos cortados con masas secas.

–Ese gimnasio es trucho –arrancó como para crear clima–: no da guita como para cubrir los gastos, siquiera. Igual, hace tres años que ponen guita y nadie se queja. Así que el negocio tiene que ser otro.

–Es una tapadera –lo induje.

El Negro buscó traducción en Etchenique:

–Lo que vos decís: una fachada para cubrir otras actividades –redundó el veterano.

–Eso. Y para mí es un asunto de prostitución. Muchas de las minas que van a mover el culo ahí sólo hacen gimnasia en la cama.

–¿Está seguro?

Un traguito al cortado, y adelante:

–Lo sé porque he oído cosas, he visto cosas... –afirmó ex cátedra, casi impaciente–. Lo de Mr. Bolivia, por ejemplo, es una joda, un chiste. Lo hicieron como imitando a Mr. Chile, que sí existe y tiene varios gimnasios y es un tipo serio... Estos, no. El único bolita que había era uno que estaba al principio de gerente, que duró poco. Viajaba más de lo que laburaba. Lo echaron. Poco antes de que viniera Aguirre.

–¿Qué Aguirre? ¿Roperito?

En lugar de contestarme, Sayago hizo un gesto de desaliento hacia el veterano como para expresar su decepción por mi ignorancia.

–Roperito Aguirre es el director deportivo del gimnasio, viejo...

–¿El dueño?

–Es un empleado, le tiraron ese hueso después de lo que pasó. Pero no tiene nada que ver con lo que yo le digo –dijo enojado.

Decidí cambiar de frente. Metí la mano en el bolsillo interior del saco y puse sobre la mesa el documento que le había sacado al cadáver de Bowie. La foto era reciente; cuadruplicado de cédula. Le tapé el nombre.

–¿Lo conoce?

Le echó menos que una mirada y nuevamente se volvió con aire perdonavidas al veterano buscando complicidad. Etchenique lo instó a contestar como quien convence a un niño para que abra la boca en el dentista. –Es el Milagro.

–¿Cómo?

–El Milagro Narvaja, el amigo de Roperito que se salvó en el accidente.

Ese no era el nombre que yo había tapado con el dedo; pero eso era lo que menos me asombraba. Sayago me habrá visto la cara de desconcierto porque de inmediato me explicó el resto:

–Eran tres: uno murió, Roperito quedó así y éste... –lo señaló con una uña gruesa que tapó toda la foto carnet– se salvó de milagro. Le quedó "Milagro" por eso.

–Ah, claro –dije, tan tonto.

Y recordé entonces, junto con ellos, los detalles, el espanto.

En un helicóptero de Prefectura usado para patrullaje costero de larga distancia de Mar del Plata al sur iban, ese atardecer de marzo, el piloto habitual y el equipo elemental de rescate de dos personas: Roperito Aguirre, que era guardavidas en Punta Mogotes esa temporada y hacía turnos en el helicóptero, y un ayudante, su amigo Narvaja, que era presentador y manager del grupo de luchadores.

En una zona desolada, poco más allá de Mar del sur y antes de dar la vuelta, el helicóptero había recibido un pedido de ayuda de un crucero deportivo a pocos cientos de metros de la costa. Arrimaron, descendieron sobre el mar tranquilo y ayudaron aparentemente a reparar un pequeño desperfecto: el crucero siguió viaje y el helicóptero, al levantar vuelo fue llevado por una ráfaga violenta hacia la costa, no pudo enderezar y se estrelló, a poca velocidad y a baja altura, en una barranca sobre la estrecha playa. No se incendió.

Al parecer, aunque no hubo testigos, el accidente se había producido por una mala maniobra del piloto, que había bebido –se encontró una botella de whisky por la mitad, su ropa impregnada– y murió en el acto, o por el desprendimiento parcial de uno de los flotadores, según las pericias posteriores. Las declaraciones de Narvaja y Roperito, que quedaron desmayados sin recibir auxilio durante casi una hora, no ayudaron demasiado, aunque confirmaron lo de la bebida.

Pero lo más extraño del caso había sido el trámite moroso del rescate. El helicóptero no usó la radio, que aparentemente se inutilizó en el momento del accidente, y la policía llegó sólo tres horas después, ya en plena noche, cuando civiles espontáneos habían hecho todo el trabajo. Repuesto del desmayo, buscando auxilio, Narvaja había llegado hasta el camino costero y parado un auto con gente que venía de Mar del Plata que fue quien avisó a la policía, le hizo los primeros auxilios a Roperito y lo llevó al hospital de Miramar.

–Quedó lisiado por ignorancia, por desidia y por negligencia –dijo Etchenique como quien recita una letanía mientras reparte cartas, culpas, horrores.

–Pobre pibe, primero lo dejaron tirado ahí adentro del helicóptero más de una hora, desangrándose, y después lo movieron... –concluyó Sayago con un gesto abrupto, terrible, como quien separa una parte del todo, despega un enchufe.

–Pero se salvó por éste, por Narvaja, que fue a buscar ayuda y la trajo –traté de redondear.

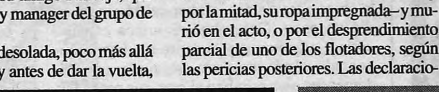
–Sí, por Milagro –confirmó Sayago no demasiado convencido.

Es que habían quedado zonas muy oscuras en el accidente: nunca apareció el crucero causante indirecto de la tragedia, nunca se explicó o no pudo explicar Narvaja por qué buscó auxilio en el camino, a dos kilómetros de la costa y no fue a una casa que estaba a quinientos metros...

–"Yo no fui" –repetí en voz alta, recordé una vez más.

–Algo habrá hecho –dijo Etchenique.

El martes: 30. Ensayo general



Juegos

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Resuma.
2. Moros.
3. Id./ Oís.
4. Solo.
5. Piensa.
6. Oes./ Lo.

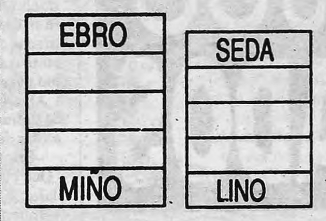
VERTICALES
1. Muerda.
2. Serían.
3. As./ Elevó.
4. Pongo.
5. Atronó.
6. Osa./ La.

	1	2	3	4	5	6
1						
2						
3			■			
4						■
5						
6				■		

M	E	S	U	R	A
A	R	A	B	E	S
D	I	■	I	S	O
U	N	I	C	O	■
R	A	Z	O	N	A
E	S	O	■	O	L

ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

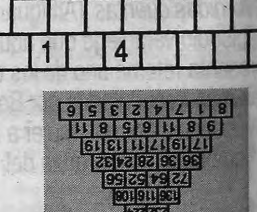


A. Ebro, abro, airó, miró, Miño. B. Seda, Sena, seno, sino, lino.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

116							
		56					
	36						
17			11		19		
	1		4				



CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

¿Quién la dirigió?

1. "Apocalipsis Now"	**A. Orson Welles**
2. "8 1/2"	**B. Federico Fellini**
3. "Gritos y susurros"	**C. Francis Ford Coppola**
4. "El ciudadano"	**D. Ingmar Bergman**

¿A qué país pertenece?

1. Creta	**A. Grecia**
2. Cerdeña	**B. Venezuela**
3. Margarita	**C. Italia**
4. Aruba	**D. Holanda**

Parejas mitológicas

1. Penélope	**A. Jasón**
2. Helena	**B. Ulises**
3. Medea	**C. Orfeo**
4. Eurídice	**D. Menelao**

Ciudades norteamericanas

1. Tucson	**A. Illinois**
2. Chicago	**B. Pensilvania**
3. Boston	**C. Massachusetts**
4. Filadelfia	**D. Arizona**

¿Quién la dirigió?: 1-C, 2-B, 3-D, 4-A. ¿A qué país pertenece?: 1-A, 2-C, 3-B, 4-D. Parejas mitológicas: 1-B, 2-D, 3-A, 4-C. Ciudades norteamericanas: 1-D, 2-A, 3-C, 4-B.